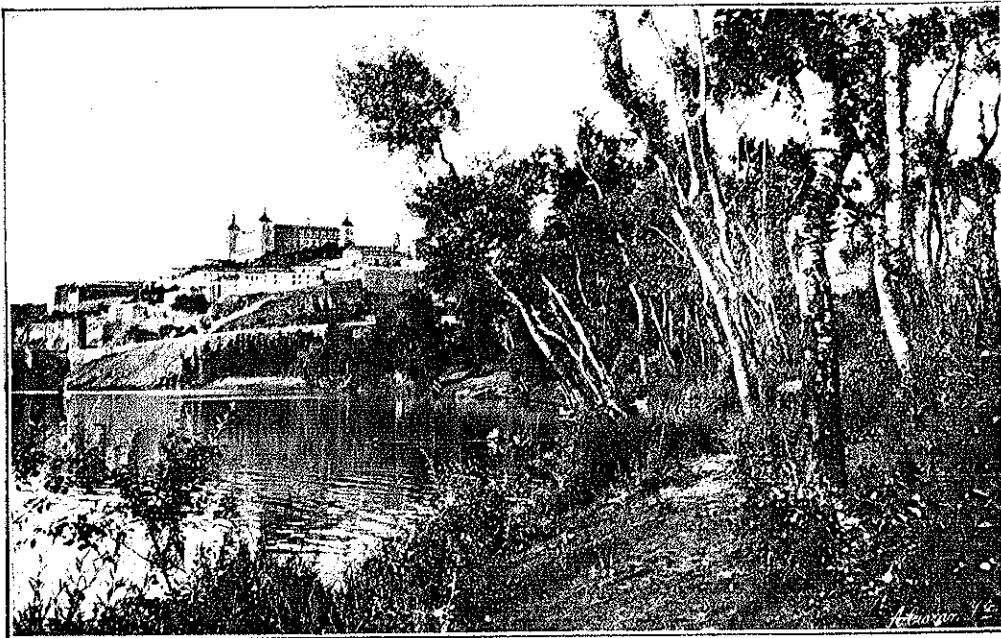


PAISAJES DE CASTILLA



Paisaje de Toledo.

Toledo, la ciudad relicario, duerme. Su ideal, su anhelo, su loca fantasía, es su vivir silencioso, su respeto al arte que palpita intensamente en sus callejones tortuosos y solitarios, en sus callejas estrechas y misteriosas, en sus monumentos grandiosos, en sus torreones, en su ambiente, en todo su ser que fué grande y vive de eso: de su pasado, de su gran esplendor pretérito, que es esplendor y gloria del presente y lo será del mañana: lo será siempre.

Todo hombre, en su pequeña o grande cantidad de sentimientos artísticos, tendrá su mayor admiración, su sentir más venerado para estas piedras viejas, para este pueblo lindo, para estas grandiosidades del arte que Toledo le mostró galante, orgulloso, pero modesto siempre.

Toledo, el conjunto más enorme de arte, el más grande derroche de grandiosidad, es humilde, vive con sus grandezas, pero ignorándolas; es lo que es, porque vos lo decís; vale lo que vale, porque vos lo tasasteis, no porque él, el pueblo toledano, lo diga.

De Toledo no se hizo nunca propaganda alguna; Toledo vive de su arte, que es admirado por todos los hombres y desde todos los rincones del mundo.

El que hasta él llegó, por eso, porque al conocerle quedó admirado; el que no pudo hacerlo, porque en su imaginación le cree grandemente bello, como es.

Y dicen Toledo, y sus labios con unción santa, poseídos de un loco ideal, de un respeto firme, callan sin encontrar la palabra con que calificarle.

Y dicen Toledo, y sus ojos lloran recordando aquellas visiones magas que vivieron en horas de orgía artística, de desenfadada locura, de inspiración en su ambiente.

Y dicen Toledo, y sienten en sus venas, en su sangre, un fuego entusiasta, un desenfadado y bélico ardor,

recordando sus hazañas, sus historias, aquellas historias antiguas, medievales, que vivió el pueblo dormido y que le contaba en su regazo el toledano amigo.

Y dicen Toledo y piensan en sus hijos, en aquellos chiquitines que, cuando empiecen a ser hombres, cuando la vida les empiece a mostrar sus rudezas y sus encantos, los llevarán a contemplarle, a que sepan, a que no olviden, a que rindan el culto de su primer amor a la ciudad castellana, galardón de la España gloriosa, galardón de la raza.

Y lo repiten insistentemente, porque no hallaron cosa igual en su peregrinación por el mundo, en su vida errante de artistas, de enamorados, de guerreros, de descreídos, de locos.... de hombres.

Porque es la nobleza, la soberanía del arte que cinceló sobre su mente su misma admiración para esta tierra, para este pueblo, todo misterio y fantasía con su alcázar altanero, con sus sombras indescifrables, con su ambiente embriagador, único, con su río—el Tajo—brioso y romántico también que sólo sabe cantar en su monorrítmico murmullo las glorias que refleja su cristalina corriente, y que con furia azota las raíces de los álamos, y las basas de los monumentales y artísticos puentes y las presas de los pequeños molinos harineros, que salta altanero, y las piedras legendarias de sus castillos y palacios a medio derruir.

Que parece querer despertar al gigante dormido.

Que se siente humilde, porque rodea a Toledo, porque le admira como todos y le canta su amor inmenso, y le arrulla con su embeleso grande, lamiendo sus plantas; besando sus pies, románticamente.... beatíficamente.... valientemente....

SANTIAGO CAMARASA

Fotografía de Pablo Rodríguez.